

RECUERDOS CON HISTORIA, 187

TARJETAS POSTALES DE SOLDADITOS

Por V. Navarro

Estaremos de acuerdo en que, si una de las modalidades de colección es bien conocida y muy bien trabajada por especialistas, esta es la de soldaditos de plomo. En su día fueron juguetes para niños, como los viejos recortables, para pasar a ser objetos preciados elaborados por hábiles escultores y pintados por pintores adecuados que supieron y saben convertir las figuritas en verdaderas obras de arte. Existen colecciones que atesoran miles de unidades cuyos propietarios son un pozo de ciencia al respecto y lo saben todo: fabricantes, moldes, tamaños, pintores acreditados, épocas, piezas raras, formaciones de regimientos históricos y uniformes de antaño. Nada escapa a su interés y a sus conocimientos. Es un lujo oírlos hablar de las empresas y los fabricantes (Carlos Ortelli, Víctor Leonart, Elastolin, Lucio Sáez, José Almirall...) que hicieron historia marcando una época y un estilo y, luego, seguir conversando de lo que les encanta, es decir, la tenencia y disfrute de sus producciones en pródiga abundancia. Nunca dejan de informarte con satisfacción: *“En total tengo más de tres mil...”*

Pero, como casi todo, los soldaditos han tenido su evolución y la resina o el plástico invadieron el imperio de las aleaciones de plomo y vaya usted a saber cómo acabará el asunto. Lo curioso es que estos que atesoran figuritas (que en su argot y según hechura de las figuras llaman *planas*, de *bulto* o de *semibulto*) suelen disponer de colecciones paralelas entre las que ocupa un buen lugar la de las tarjetas postales sobre el mismo tema. Naturalmente, hay especialistas cuyo único centro de interés es solo la tarjeta postal cosa que, por clásica, casi se pierde en la historia del coleccionismo. Las más antiguas, que aún no presentaban ilustraciones, aparecieron allá por los años 1870. Pues bien, existen importantes conjuntos que, con paciencia, han acumulado los entendidos a base de recorrer mercadillos, rastros, librerías de lance o intercambiar “dos por una” a un amigo, como se ha hecho toda la vida. Simultáneamente, van rellenando álbumes y dossiers con cientos y cientos de unidades a cuál más rara y extraordinaria. Muchas de ellas de procedencia o estilo *Art Nouveau* o *Belle Époque* que son periodos, entre otros, que les encantan.

En unos tiempos en que la tarjeta postal, con su franqueo y sus escritos a mano en el reverso, casi han pasado a la reserva de la memoria, siempre resulta atractivo ver de componer un conjunto de estas piezas que nos informan de una época finiquitada tanto por la personalidad de sus ediciones como por sus temáticas. Y si son postales de comienzos del siglo pasado y se puede leer lo escrito en la parte posterior (en este aspecto, una postal enviada por correo, sin sobre alguno, era una tentación de fisgoneo como pocas) resulta que, o te da un ataque de risa por la candidez de las expresiones, o te inunda la pena porque quien lo escribió estaba de soldado forzoso en la campaña de África y, desde allí, se dirigía a su familia lleno de melancolía.

En cuanto a las ediciones hubo de todo porque, a diferencia de los sellos que eran publicaciones bajo control estatal y por lo tanto servidos en series con verificación estricta, las cartas postales pertenecían al mundo de la iniciativa privada sin que mediaran restricciones ni limitaciones de ningún tipo. Desde series numeradas en tiradas cortas pensadas para los diletantes de la postal (los *cartófilos*, apelativo que la RAE aun no acepta) hasta tiradas de miles de unidades para uso y disfrute de las clases populares. Sus fotos de portada, en blanco y negro o retocadas/iluminadas, aunque no siempre coloreadas con acierto, eran enternecedoras. En cuanto a los temas esos son infinitos pues podían abarcar tanto una serie de cuadros de pintor famoso como los buques de una flota de guerra de un país cualquiera, pasando por monumentos, floreros, inventores, parejas enamoradas, paisajes, banderas, muñecas y mil cosas más. ¿Quién no ha reunido, incluso de niño, unas docenas de postales evocadoras?

Aquí haré un breve repaso a algunas tarjetas postales con motivos de soldados de tiempos lejanos que nos han de ilustrar sobre unos años “antiguos”, unos uniformes “caducados” e incluso, con suerte, unos sellos de “antes” pegados con saliva. En referencia a los sellos, esos fueron la causa de la pérdida de muchas de las tarjetas postales pues algunos filatélicos, por recuperar un sello raro, se cargaban la tarjeta con su mensaje cromático en el haz y el emotivo redactado a mano en el envés.

En el tema de las tarjetas postales militares abundan las que podemos llamar humorísticas, caricaturescas y que incluyen graciosos chistes. Sea la época que fuere la de su edición, el sentido del humor permaneció incólume y las ocurrencias expresadas, todas muy simpáticas, sin que por ello dejen

de mostrar un estilo de vida duro y sean, además, el reflejo de situaciones y coyunturas político-sociales que los sociólogos pueden estudiar sacando conclusiones útiles para todos.



El señor comandante, cumpliendo las ordenanzas, está probando el rancho que se va a servir a la tropa. No parece agraderle la sopa por lo que el cocinero, medio divertido, le aclara que lo que está degustando no es la sopa sino el agua de fregar los platos. Se avecinaba severo arresto, que esta vez no podía ser pelar al cero al cocinero porque ya lo estaba.



Hasta el infinito se pueden hacer bromas con la vida castrense y los “chistes de guripas”. Antes y ahora, porque las situaciones jocosas siempre formaron parte intrínseca del quehacer del soldado.



En estas postales no falta nada. Ni las Armas de la Casa Real en el reverso de la más antigua ni los reclutas soñando con la joven sirvienta en la más reciente. Todo un compendio de significaciones sociales que marcaron aquellas vidas.



La jovialidad y la agudeza de estos dibujantes es una constante en el deseo de hacer más humano el *oficio de las armas* como se decía entonces. Son cartas postales de la primera década del siglo pasado. La de la derecha está

fecha en el año 1909 y presenta, en el sello, al rey Alfonso XIII aun adolescente.



Carta postal que, en 1946, envió un “casi oficial”, como relata en su escrito, a sus parientes desde el campamento de la IPS (Instrucción Premilitar Superior) de *Santa Fe del Montseny* (Cataluña) encuadrado en lo que se llamaba Cuarta Región Militar, donde se formaban parte de los oficiales de complemento (alféreces) en las concurridas Milicias Universitarias hoy desaparecidas.



El emotivo adiós al soldado: piezas postales ejerciendo como noticiario significativo de la larga y cruenta Campaña de África habida entre 1909 y 1927.



Aquí tenemos tres ejemplos de cartas postales que ofrecen trabajos de dibujantes y pintores especializados en el tema y muy conocidos. De izquierda a derecha: Sanféliz, Cusanchs y Uriarte.



La suerte del soldado de reemplazo. Para pelar media tonelada de patatas no era necesario ser ingeniero de minas. En el cuartel cada cual se “divertía” como podía. Frente a la formación de reclutones siempre aparecía el clásico instructor que preguntaba: *“Que levante la mano el que sepa hablar francés”*. Acto seguido, ante dos manos levantadas que esperaban un trato de favor, el instructor ordenaba tajante:

“-Pues me cogéis aquellas dos escobas y me barréis el patio desde aquí hasta el fondo”

No hace falta decir que “el fondo” estaba a más de cien metros...



España y otros países europeos, rivalizaron en la presentación de sus cartas postales. Mediante dibujos o fotografías se ofrecía al público la gallardía de los respectivos componentes de sus fuerzas armadas.



Para finalizar el repaso, veamos varias cartas postales de una antigua serie titulada "Marina de Guerra Española", que no era de marineros

uniformados pero que fue muy celebrada en su día. El arte fotográfico permitió este alarde de documentación, hoy histórica, de los buques de la Armada de entonces. Se cuenta que en los años cuarenta del siglo XX el comandante de un submarino alemán que fue capturado, para poder identificar fácilmente los buques de guerra ingleses tenía en su camarote, bien a mano, un grueso y bien acondicionado álbum con todos los cromos y postales de los buques de la flota inglesa.



Una verdadera reliquia del pasado. Tanto la carta postal como lo que ilustra. Se trata de la corbeta Nautilus que fue buque escuela español, botado en 1866, adjudicado a la Marina en 1886 y dado de baja en 1925, dos años antes de la botadura del Juan Sebastián de Elcano.